EPÍLOGO

Llevaba más de un mes esperando aquel momento. De cara a la pared y el torso desnudo, el dominico se flagelaba las espaldas al tiempo que recitaba un salmo penitencial. Lo hacía con saña pues necesitaba estar en su homilía más lúcido, locuaz y convincente que nunca.

 -”De profundis clamavi ad te, Dómine. Dómine, exaudi vocem meam: Fiant aures tuae intendentes in vocem deprecationis meae…”

 Cuando terminó sus rezos, y regresó de los abismos a los que acudía con frecuencia para orar a su dios, la sangre se le agolpaba bajo la epidermis, con ansias de salir. No pareciéndole suficiente mortificación, tensó aún más el cilicio que llagaba su cintura. Se lavó cara y manos en un aguamanil. Vistió la camisa sin cuello, su hábito blanco y su túnica negra. Salió de su celda. Un novicio, siempre en silencio, le condujo por los laberínticos pasillos de la residencia diocesana anexa al gran templo. Se abrió la puerta de un despacho y volvió a cerrase tras ellos. Miró fugazmente al nuncio y a dos purpurados presentes; ojos que delataban miedo, nerviosismo, ansiedad. Era mucho lo que la Iglesia de Roma esperaba de él en ese momento. El novicio abrió las puertas de un armario empotrado y apartó dos sotanas y una gabardina corta, también negra, colgadas en unas perchas. El panel del fondo era una puerta corredera. La abrió; de ella se pasaba a otro armario empotrado, este con cogullas, túnicas y pontificales, ropas de culto. Cruzaron ambos armarios y el dominico dedujo que estaban ya en la sacristía; cuatro pasos más y se hallarían en el altar mayor de la catedral metropolitana Santa María la Real de la Almudena, de Madrid. Ceremonioso, se unió al deán, que actuaría como oficiante, y a otro religioso más que les ayudaría en la liturgia. Intercambiaron miradas cómplices. Para él sería la homilía, la palabra de Dios puesta en los labios de un hombre.

Pese al centenar de cirios y candelas encendidas, la catedral estaba escasamente iluminada. En un banco de primera fila, únicamente un hombre, Francisco Franco Bahamonde; dos bancos por detrás, uno de los secretarios de su Casa Civil y, en los pasillos laterales, cuatro guardaespaldas embutidos en sus gabanes de cuero. Nadie más en el tempo. El dominico tragó saliva. Diez minutos tasados para inocular una idea en la cabeza del Caudillo de España; abrir un albañal y cerrar otros para llevar sutilmente las aguas al molino de la Iglesia. Le palpitaban las carnes mortificadas y el lino de su camisa iba empapándose con su propia sangre. Eso le garantizaba lucidez; la lucidez y la serenidad de aquellos hombres acostumbrados a predicar en los desiertos y a transitar descalzos por las cuatro formas básicas de pensamiento, a correr por el laberinto que las interconexiona, inmunes a la seductora llamada de los abismos. Miró al Generalísimo a los ojos; descarado, rápido, convincente. Le enseñaría, como los buenos tahúres, únicamente las cartas que debía enseñar.

A veces, la Iglesia jugaba con fuego, empleando tácticas de guerra de guerrillas, de guerra psicológica. Y, en esta ocasión, tocaba al predicador ser punta de lanza. Enfrente, el hombre; no cualquier hombre. El Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos españoles, el Centinela de Occidente, el Guía y Padre de la Patria… uncido incluso por la Gracia Divina, lo que le otorgaba la mayor de las patentes y de las impunidades. Allí, en persona. Un hombre pequeño y, aparentemente, bonachón pero inteligente, despierto, activo, desconfiado, frio, desapasionado, peligroso; no un generalote apoltronado y borrachín al que fácilmente se le vende una conjura. A la luz temblorosa de los cirios, aquel hombre de pequeña estatura proyectaba la sombra de un gigante porque, bien lo sabían sus enemigos, era un gigante.

Enfrente, un simple dominico, un humilde guerrillero de Jesucristo, su palabra y su fe, como un solitario pastor carpetovetónico, armado tan solo con una honda y un morral lleno de guijarros, un hombre solo en mitad de un valle, frente a una legión romana desplegada para el combate. Le sobraba coraje. Había aceptado un reto muy difícil pero no dudaría ni le temblaría la voz. Le gustaría reírse de los purpurados que, escondidos en el despacho adjunto a la sacristía, esperaban temblorosos un desenlace favorable a la causa de la Iglesia, pero no quiso distraerse pensando en ellos. Sus carnes laceradas, doloridas, le mantenían lejos de los pequeños pensamientos personales, autocomplacientes e inútiles. Estaba mentalmente lúcido, centrado en su misión. Creía saber cómo pensaba el dictador, sus procesos mentales. De algo deberían servir sus años como capellán castrense, además de sus muchos años como maestro de Retórica y Teología en Salamanca.

¿Su discurso? La realidad eterna, presentada muy esquemáticamente, y una *idea fuerza*, muy al gusto de Franco, un militar de raza, africano a pesar de los años transcurridos; todo expuesto en menos de diez minutos, sin conclusiones. Planteando, eso sí, dudas, un torrente de dudas para las que sabía de antemano, ahí estaba el truco, el Caudillo hallaría respuesta. La solución y la decisión, o decisiones a tomar, llegarían en no demasiado tiempo si el dominico lograba lanzar y colar la piedra en el tejado del jefe supremo.

 -El pensamiento religioso nace del sentimiento religioso y nos lleva a la fe; el pensamiento mágico nace del sentimiento mágico y nos lleva a la creencia; el pensamiento político nace del sentimiento social y nos lleva a la ideología; el pensamiento lógico nace de la razón, libre pero también huérfana –punto y pausa para respirar, para observar al dictador, de nuevo con descaro, y apreciar que, aun mostrándose distante e impertérrito, una ceja le había traicionado, arqueándose: el jefe supremo se había fijado en el modesto predicador. Y el dominico, como el pastor que se yergue solo en la llanura, hacía girar su honda, ya imparable- El pensamiento lógico, científico, la razón pura, debería, junto a las otras tres formas básicas de pensamiento, llevarnos a la felicidad; empero se equivoca, se equivoca de enemigos y, por creerse más fuerte, arremete avaricioso y cruel, cegado por su propia fuerza, contra las otras formas de pensamiento. Ese combate ya ha empezado y, si no ponemos remedio, acabará por destruir un equilibrio de siglos. ¿Por qué, ahora, destruir el pensamiento mágico? El pensamiento mágico no es solo el pensamiento sencillo de nuestros campesinos o el del pueblo llano que vive en las barriadas que crecen, desbordándose, alrededor de las ciudades; es también el pensamiento de nuestros artistas, pintores, músicos, literatos, bailaores, hombres y mujeres virtuosos que quieren beber en esa fuente… ¿Queremos también destruir ese talento tan español? Y después de ver las barbas de nuestro vecino afeitar, ¿cuestionaremos a continuación el pensamiento religioso? ¿Qué pasaría si negamos al pueblo la necesidad y conveniencia de los pensamientos tradicional y religioso amalgamados? ¿Somos conscientes de que los pensamientos lógico y político se sobredimensionan a costa de desvirtuar los pensamientos mágico y religioso? ¿Por qué los fundamentalistas religiosos, los racionalistas e incluso los tecnócratas quieren romper ese equilibrio entre las cuatro formas eternas y básicas de pensamiento? ¿Interesa al Estado de nuestra Sagrada Nación que se rompa ese equilibrio de poderes?

Cuando Francisco Franco entró en su Rolls Royce la piedra lanzada por el predicador estaba ya en su tejado. Su secretario, viéndolo cavilar, esperó en silencio.

 -¡Eso es! Equilibrio, equilibrio de poderes; mantener el equilibrio de los poderes eternos para conservar el poder temporal. ¡Elemental!... ¿Quién es ese dominico desvergonzado que nos ha expuesto tan concisa y acertadamente la cuestión en su homilía?

 -Fray Juan Blanco, director de la Escuela de Teología de Salamanca, Excelencia –respondió su secretario.

 -Embaucadores, convincentes, barriendo siempre para su casa. ¡Los teólogos de la Escuela de Salamanca son todos listos como demonios! Tome nota, don José Luís: que mañana, a primera hora, unos motoristas comuniquen su cese fulminante al director general de Seguridad, al subdirector, al subsecretario y al jefe de los Servicios de Información. ¡Son unos majaderos que no se ganan el sueldo! –el leve enfado hizo que su voz de flautín sonara aún más a flautín-. Pero, ¿cómo se les ha ocurrido dar por buena la teoría de una conspiración internacional pagada con el petróleo soviético en la que unas pobres brujas, cuatro viejas y cuatro destripaterrones, atentarían contra las centrales hidroeléctricas del Duero?... Ciertamente nuestros enemigos planean sabotajes pero no en las obras de los embalses sino en los tabloides de la prensa internacional... ¿Imagina usted, don José Luís, una primera plana del Washington post o de Le Fígaro en la que se nos acusara de dedicarnos en pleno siglo XX a la caza de brujas? Desatar una nueva edición de aquella injusta leyenda negra sería demoledor ¿Entiende? ¡Así pretendían sabotearnos esos masones que gobiernan las grandes potencias mundiales!... Y, hablando de brujas, a la señora del conde de los Riscos de Villavieja, esa tal Martínez, me la mandan si o si de camarera al Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil de Valdemoro. Y si hace falta le ponen un cinturón de castidad. No es una opción, es una orden. Y a ese pequeño gánster de Fermoselle de Sayago, que pretende organizar una mafia por allí, en los pueblos de la frontera, le aplican el artículo que corresponda de la Ley de Fugas. ¡Con absoluta discreción, ya me entiende! Y ahora anote, don José Luís, anote por si acaso: quiero doscientos, doscientos no, quiero trescientos guardias civiles desplegados, vigilando las obras de los embalses en construcción y de los que ya tenemos construidos en las aguas del Duero. Las cosas se hacen así –guardó un largo silencio; meditabundo-. ¿Pensamiento mágico o sentimiento mágico, cómo dijo ese cura? No importa. Qué bonito concepto y qué gran herramientas para el control social... ¡Pues eso: las brujas y los brujos a lo suyo y nosotros a lo nuestro!

 -Discúlpeme, Excelencia, pero ¿cuándo usted dice *brujos* no se estará refiriendo a los curas? –preguntó su secretario, con maldad infinita.

 -Por supuesto, amigo José Luís. Debería usted conocerme después de tantos años trabajando a mi servicio. Lo dicho: Las brujas *y los brujos* –recalcó- a lo suyo. Y nosotros a lo nuestro, que es guardar el equilibrio y mantener el poder. El terrenal, por supuesto.

 De vuelta a su residencia en el palacio de El Pardo, el automóvil blindado recorría las calles sombrías y tristes de un Madrid ya anochecido. Un hombre y su hijo, envueltos en sus pobres abrigos, saludaron brazo en alto desde el arcén de la solitaria avenida. El Caudillo les devolvió un breve saludo paternal. Después se repanchigó en el asiento trasero, entrelazó los dedos regordetes de sus manos sobre el vientre, apoyó la nuca en el respaldo y, entornando los ojos, sonrió como un ratoncillo feliz.

En Villarino de los Aires (Salamanca), a 16 de marzo de 2021.